

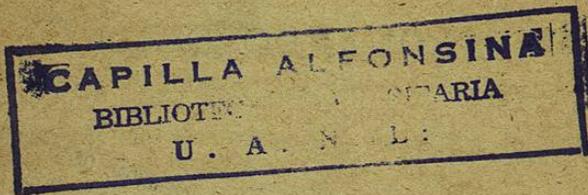
823
9

PR4572

.p3
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRIMERA PARTE.

RESURRECCION.

CAPITULO PRIMERO.

En 1775.

Era el mejor y el peor de todos los tiempos, el siglo de la locura y el siglo de la razon; época de fé y de incredulidad; periodo de luz y de tinieblas, de esperanza y de desesperacion, en que se vislumbraban brillantes horizontes y profundas oscuridades; en que se iba rectamente al cielo y en perfecta derechura al infierno.

Era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro, que, segun opinion de los más competentes autores, no es posible hablar bien ó mal de él sino en grado superlativo.

En aquel tiempo, un rey de poderosas mandíbulas, do, una reina de cara bastante fea, reinaban en Inglaterra y un rey de mandíbulas no ménos poderosas, y un monarca de agraciado rostro, ocupaban el trono de Francia.

En ambos países creian á pié juntillas todos los altos funcionarios del Estado, que el milagro de la multiplicacion de los panes se renovaba diariamente, y que el órden de cosas establecido no debia cambiar nunca.

En aquella época favorecida del cielo, la Gran Bretaña gozaba, como hoy, de las revelaciones del otro mundo.

Un simple guardia de corps, convertido en profeta, habia anunciado que el dia en que mistress Southcott cumpliera veinticinco años, un abismo, pronto á abrirse, se engulliria Lóndres y Westminster; y apenas hacia doce años que el espíritu de Cock-Lane habia remitido sus mensajés, del mismo modo que los espíritus del año pasado (enteramente desprovistos de originalidad) nos remitieron los suyos.

Otras noticias ménos importantes, pero de un órden mucho más terrestre, habian llegado hacia poco á Inglaterra, y se referian á un congreso formado en América por algunos súbditos británicos; noticias que, cosa extraña, fueron consideradas por los simples mortales mucho más importantes que todas las comunicaciones transmitidas por la raza de los *mediums*.

La Francia, ménos favorecida en materia de espiritismo, continuaba rodando por una suavísima pendiente. Hacía papel moneda que se apresuraba á gastar; y conducida por sus pastores cristianos, divertíase ejerciendo actos llenos de humanidad, por ejemplo, quemando vivo á un jóven, despues de haberle cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse arrodillado, en un dia de lluvia, en honor de una procesion de frailes mugrientos, que pasaba á cincuenta metros del sitio en que él se habia.

Mientras se ejecutaba aquel martirio, brotaban en los bosques de Francia y de Noruega unos árboles que el Desdichado leñador, tenia ya marcados para cortarlos, con objeto de poder construir con sus troncos cadalsos portátiles, provistos de una cuchilla y de un saco, y cuya historia debia dejar horribles recuerdos.

Aquel mismo dia, bajo los cobertizos de los labriegos que cultivaban los campos de las cercanías de París, veíanse algunas carretas cubiertas de barro, rodeadas de cerdos y de aves de corral, que la Muerte, arrendadora uni-

versal, tenia ya escogidas para que fuesen las proveedoras del hacha revolucionaria.

Pero el Destino y la Muerte trabajaban silenciosa é incesantemente, y nadie oía el ruido sordo de sus pasos, sobre todo al recordar que bastaba dar la menor voz de alerta para ser acusado de traicion ó de ateismo.

En Inglaterra, apenas habia bastante órden para proteger las vidas y las haciendas de los insulares y poder justificar la jactancia nacional. Infinidad de robos á mano armada y atrevidos ataques se verificaban todas las noches en el centro mismo de la capital. Las autoridades mismas advertian á las familias que no saliesen de la ciudad sin depositar sus muebles en el almacén del taticero, si querian tener la seguridad de hallarlos á su regreso. El bandido nocturno se trasformaba, durante el dia, en comerciante de la Cité; reconocido é insultado por su colega, le ponía preso en virtud de su título de capitán, le rompía con mucha gracia la cabeza y huía á uña de caballo.

El correo caía en una emboscada en donde le esperaban siete ladrones; tres de ellos eran muertos por el guarda que custodiaba la correspondencia, y éste, falto de municiones, era muerto á su vez por los bandidos restantes, que despues de esta pequeña batalla, saqueaban á su antojo la balija.

El lord-corregidor de Lóndres, poderoso potentado, se veía obligado á obedecer á un salteador que le pedia la bolsa ó la vida y que despojaba al ilustre personaje en presencia de sus numerosos lacayos.

Los presos reñian encarnizadas batallas en la cárcel, y la ley, con toda su magestad, disparaba á boca de jarro sus trabucos sobre los revoltosos.

Los rateros robaban las cruces de diamantes del pecho de los nobles lores hasta en los mismos salones de la corte. Los mosqueteros iban al barrio Saint-Giles para

apoderarse de las mercancías de contrabando; la canalla disparaba sobre los mosqueteros y los mosqueteros sobre la canalla, y nadie parecía inquietarse por este espectáculo, que se reproducía diariamente.

A todo esto, el verdugo, siempre atareado, era objeto de un continuo requerimiento. Ahorcaba en grandes hileras criminales de todas clases. Ahogaba el sábado á un apedreador de ventanas detenido el martes de la misma semana; por la mañana marcaba en Newgate gran número de personas, y por la tarde quemaba varios libejos en la puerta de Westminster. Hoy tenía que quitar la vida á un horrible asesino, mañana á un miserable que había robado doce sueldos al hijo de un arrendador.

Todo esto pasaba en Francia y en Inglaterra en el año de gracia 1775; y mientras el Destino y la Muerte trabajaban ocultamente, los dos reyes de poderosas mandíbulas, y las dos reinas, una hermosa y otra fea, marchaban con estrépito, ostentando con segura y arrogante mano su derecho divino. De este modo conducía sus grandes y sus infimas criaturas, por los diversos caminos que habían de recorrer, el bueno y venerable año de 1775.

CAPITULO II.

El coche-correo.

El primer personaje de quien vamos á ocuparnos en nuestra historia se hallaba un viernes por la noche, á fines de Noviembre, en el camino de Douvres.

Entre este individuo y el horizonte hallábase el coche-correo que subía trabajosamente la escarpada pendiente de Shooter.

Nuestro hombre iba á pié y salpicándose de lodo como los demás viajeros; no porque en aquellas circunstancias

fuese agradable el ir andando, sino porque los arneses eran tan pesados, tan empinada la cuesta, tan pesado el carruaje y tan abundante el lodo del camino, que los caballos se habían detenido ya por tres veces, con la subversiva idea de volverse á la cuadra. Sin embargo, la acción combinada de las riendas, del látigo, del guarda y del mayoral, se opuso, en virtud de las leyes de la guerra, á aquel propósito, que probaba que los animales no carecen de razón; y el ganado, obligado á capitular, entró nuevamente en la senda del deber.

Los cuatro caballos, con la cabeza gacha y la cola erizada, se sumergían en el lodo, forcejeaban, resbalaban, caían pesadamente al suelo y amenazaban hacerse añicos.

Siempre que el mayoral, después de una prudente parada, los obligaba nuevamente á ponerse en marcha, el caballo delantero, que se hallaba al lado del látigo, sacudía violentamente la cabeza y parecía negar que el carruaje pudiese llegar nunca á la cima de la montaña.

Cada una de aquellas estrepitosas negaciones hacía temblar á nuestro viajero y turbaba su espíritu. Una espesa niebla cubría todas las llanuras y subía hasta la colina, como un alma en pena que quiere descansar: niebla fría y pegasosa, que se elevaba con lentitud y empujaba pensosamente en el aire sus espesas y fétidas olas.

La luz proyectada por los faroles del carruaje, envuelta en un círculo de bruma, alumbraba apenas algunos metros del camino, y el vapor que despedían los caballos, cubiertos de sudor, se confundía con la niebla que los rodeaba.

Otros dos viajeros caminaban al lado del carruaje. Embozados hasta las cejas y calzados con recias botas, ninguno de aquellos tres hombres hubiera podido en modo alguno sospechar siquiera el rostro de su vecino; y su pensamiento estaba tan oculto á la mente de los otros dos, como su persona á los ojos de sus compañeros.

En aquellos tiempos era poca toda desconfianza con

las gentes que se hallaban por los caminos; cada viajero podía ser un bandido, ó por lo ménos cómplice de los ladrones. Generalmente, en todas las casas, posadas ó ventas situadas en los caminos, habia siempre algun malvado dispuesto á secundar los planes del bandolero que le tenia asalariado.

En todo esto iba pensado el guarda que escoltaba el correo de Douvres el referido viernes del mes de Noviembre de 1775, en tanto que, colocado en la parte posterior del carruaje, sacudia con los piés la paja que le servia de alfombra, y examinaba con la vista y con las manos una caja que contenia un enorme trabuco cargado hasta la boca y unas ocho pistolas tambien cargadas y colocadas entre una porcion de armas blancas.

Como sucedia todas las noches, el guarda sospechaba de los viajeros, y éstos sospechaban de sí mutuamente, del mismo modo que el guarda y el mayoral, quien por su parte sólo respondia de sus caballos y hubiera jurado en conciencia, sobre los dos Testamentos, que los pobres animales no tenian fuerzas bastantes para llenar ámpliamente su difícil cometido.

—¡Arre, arre! exclamó el mayoral; vaya el último trotecillo y podreis entregaros al descanso, pícaros rocines. Bastante trabajo me vá costando el conseguirlo... ¿Joé ¿qué hora es?

—Las once y diez minutos, respondió el guarda.

—¡Dios mio! exclamó el mayoral lleno de impaciencia. ¡Las once y diez minutos y todavía no hemos subido la montaña! ¡Arre, arre! condenados rocines.

El caballo delantero, detenido por un violento latigazo en medio de sus más expresivas negaciones, hizo un nuevo esfuerzo, arrastró tras de sí á sus compañeros, y la silla-correo de Douvres volvió á ponerse en marcha, escoltada por los tres viajeros que iban materialmente cubiertos de lodo.

Detenfanse siempre que el carruaje se paraba, y se apartaban de él todo lo ménos posible. Si alguno de ellos hubiese tenido el atrevimiento de proponer á su vecino que se adelantase un poco, en medio de aquella espesa niebla hubiera pasado por un ladroa y tal vez le hubiesen descerrajado un tiro.

Hallábanse ya en la cúspide de la montaña; los caballos recobraban algun ánimo, y el guarda se habia apeado con objeto de preparar el carruaje para la bajada y abrir la portezuela á los viajeros, que volvieron á subir al coche.

—Oye, Joé, gritó el mayoral mirando hácia el camino. Los dos se pusieron á escuchar.

—Joé, un caballo sube la cuesta al galope.

—Y muy al galope, Tom, repuso el guarda subiendo á su asiento. Gentleman, añadió, despues de amartillar su trabuco, en nombre del rey reclamo vuestro auxilio.

El viajero atudido, que iba ya á entrar en el carruaje, seguido de sus dos compañeros, permaneció de pié en el estribo, y sus dos adláteres continuaron parados en mitad de la carretera.

Los tres miraron sucesivamente al guarda y al mayoral. Estos continuaron mirando hácia atrás, y el caballo delantero aguzaba las orejas, y libre ya de toda traba, sacudia á su antojo la cabeza.

El quietismo que sucedió de pronto á la penosa marcha de la silla-correo, aumentó el silencio de la noche y su fúnebre calma. La fatigosa respiracion de los caballos comunicaba una especie de estremecimiento al carruaje, y tal vez el corazón de los tres compañeros de viaje latia con la fuerza necesaria para poder apreciar sus movimientos. Pero lo que no admite duda es que ninguno de los tres se atrevia á respirar, y que la incertidumbre en que se hallaban aumentaba notablemente el número de sus habituales pulsaciones.

Un caballo subía la montaña galopando rápidamente, y se acercaba cada vez más.

—¿Quién va? gritó el guarda con toda la fuerza de sus pulmones; alto, ó hago fuego.

El guarda fué inmediatamente obedecido, y oyóse, á través de la espesa niebla, una voz ronca que gritaba:

—¿Es esa la silla-correo de Douvres?

—¿Qué os importa? respondió el guarda.

—¿Es esa la silla-correo de Douvres?

—¿Para qué queréis saberlo?

—Tengo que hablar con un viajero.

—¿De qué viajero habláis?

—De Mr. Jarvis Lorry.

El individuo que estaba de pié en el estribo del carruaje hizo un movimiento que parecía indicar que era él la persona de quien se trataba. El mayoral, el guarda y los otros dos viajeros le miraron con desconfianza.

—No os mováis de ahí, ó sois muerto, respondió el guarda á la persona que gritaba á través de la niebla. Señor viajero Lorry, tened la bondad de responder con toda franqueza.

—¿Qué ocurre? preguntó éste con voz tranquila y sonora. ¿Quién quiere hablarme? ¿Sois vos, Jerry?

—No me gusta la voz de ese Jerry, murmuró el guarda entre dientes; me parece demasiado bronca.

—Sí, señor Lorry, os traigo una carta de la casa Tellson.

—Conozco á ese mensajero, dijo el gentleman dirigiéndose al guarda y echando pié á tierra, ayudado con más prisa que urbanidad por los otros dos viajeros, los cuales se apresuraron á entrar en el carruaje, cerraron inmediatamente la portezuela y subieron los cristales.

—Podeis permitirle que se acerque, continuó Mr. Lorry, no temáis nada.

—Es posible que tengáis razón, pero no lo cree así todo

el mundo, respondió el guarda hablando para sus adentros. ¡Eh! ¡Eh!...

—¿Qué hay? preguntó Jerry con voz cada vez más ronca.

—Oid: aproximáos, pero poco á poco; y si por casualidad lleváis pistolerías en la silla del caballo, no acerqueis á ellas las manos; yo confundo las cosas con mucha facilidad, y cuando me equivoco, mi equivocación toma la forma de una bala. Ahora que ya sabéis á qué ateneros, enseñadme vuestro rostro.

La silueta de un caballo y de su jinete se dibujó vagamente á través de la niebla, y se aproximó á la silla-correo. Una vez cerca de Mr. Lorry, el mensajero detuvo su montura y entregó un papel al viajero.

El caballo estaba rendido de fatiga, y los dos estaban cubiertos de lodo, desde los cascos del animal hasta el sombrero del jinete.

Guarda, repuso tranquilamente el viajero, os repito que no tenéis nada que temer. Pertenezco á la casa de banca Tellson y C.^ª—supongo que conoceréis la casa Tellson, de Londres,—y voy á París para asuntos de la misma. ¿Tengo tiempo para leer esta esquela? Os daré una corona para echar un trago.

Mr. Lorry se aproximó á un farol, abrió la carta que tenía en la mano, y leyó en voz alta la siguiente frase:

«Esperad á la señorita en Douvres.»

—Ya veis que no es muy larga, dijo al guarda; y dirigiéndose al emisario: Decid en casa que os he respondido con esta palabra: *Resucitado*.

—¡Vaya una respuesta rara! exclamó Jerry con su voz cavernosa.

—No importa, decid eso á los señores, y de este modo adquirirán la certeza de que he recibido su esquela. Buenas noches, Jerry, buenas noches; volved á casa lo más pronto posible.

Al decir estas palabras, el gentleman abrió la portezuela y subió al carruaje. Sus compañeros de viaje se habían apresurado á esconder su dinero y sus relojes en sus inmensas botas, y fingian dormir como unos bienaventurados, con objeto de poder justificar su inaccion.

Una vez cerrada la portezuela, la silla-correo se puso en movimiento, y bajando la cuesta, quedó envuelta en una niebla cada vez más espesa.

El guarda, que por fin se había decidido á dejar en su sitio el trabuco, examinó las pistolas que llevaba á la cintura, y contempló una cajita que contenia algunas herramientas de herrador, un par de antorchas, un eslabon y yesca. Si los faroles del carruaje hubiesen sido apagados ó rotos, como sucedia de cuando en cuando, bastaba con meterse dentro y golpear fuertemente el eslabon para encender la luz al cabo de cinco minutos, suponiendo que no ocurriese ningun contratiempo.

—Tom, dijo el guarda en voz baja y asomándose por encima del carruaje.

—¿Qué hay, Joé?

—¿Has oido ese mensaje?

—Sí.

—¿Y qué te parece?

—Nada absolutamente.

—Ni á mí tampoco, respondió el guarda, muy sorprendido al ver cómo coincidía su opinion con la del mayoral.

Una vez solo, en medio de la niebla y de la más completa oscuridad, Jerry echó pié á tierra, no solamente para que descansase su jamelgo, sino para quitarse el lodo que le cubria el rostro, y para sacudir su sombrero, cuyas álas levantadas podian contener próximamente unos dos litros de agua.

Así que terminó esta doble operacion, volvióse tranquilamente, y cogiendo su caballo por la brida, empezó á bajar la montaña con direccion á Londres.

—Después de una carrera como ésta, dijo hablando con su rocinante, sólo me fiaré de tus cuatro patas cuando tengamos que andar por un camino llano. Sí, amigo mio. ¡Resucitado! ¡Vaya una respuesta rara! ¡Pues señor, voy á hacer bonito negocio si dan ahora en la maña de hacerme emprender estas caminatas!

CAPÍTULO III.

Las sombras de la noche.

Cosa extraña es, para todo el que lo reflexione atentamente, el que todos los hombres se hallen constituidos de tal modo que sean los unos para los otros un misterio impenetrable. Cuando entro en una gran ciudad durante la noche, es para mí una grave consideracion el pensar que cada una de aquellas casas, agrupadas en la sombra, tienen secretos que le pertenecen; que cada una de las habitaciones que contienen guarda su propio secreto, y que cada uno de los corazones que laten en aquellos millares de pechos es un secreto para el corazón que le es más querido y más allegado!

Hay en este misterio un no sé qué que hace la muerte más terrible y más dolorosa. Ya no podré volver la hoja de ese libro querido que inútilmente traté de leer hasta el fin. Ya no sondearé con la mirada la profundidad de ese agua en que, á la luz de los relámpagos, he divisado un tesoro. Estaba escrito que el libro se cerraria para siempre, tan pronto como yo hubiese descifrado la primera de sus hojas. Estaba dicho que la corriente en que penetraban mis ávidas miradas, se cubriría de eterno hielo en el momento en que la luz rielase en su superficie, y que yo permanecería en la orilla, ignorando las riquezas que allí se escondian.

Mi vecino, mi amigo, ha muerto; la que yo amaba, la que constituía el gozo y la dicha de mi alma, ha dejado de existir. Esta es la inexorable continuidad del secreto que guardaron siempre en el fondo de su alma, del mismo modo que yo guardaré el mio hasta la tumba. ¿Hay en los cementerios de esta ciudad que recorro un durmiente más impenetrable para mí, que los habitantes de sus más animadas calles, encerrados en su fuero interno, ó que yo mismo á los ojos de todos ellos?

Considerado así, el pobre mensajero de Tellson tenía, como hombre, absolutamente el mismo poder que el rey, el primer ministro del Estado, ó el más rico comerciante de la capital. Por esto, de los tres viajeros encerrados en la silla-correo de Douvres, cada uno era para los otros dos un misterio tan impenetrable como si se hubiese hallado dentro de su carroza tirada por cuatro ó seis caballos, y separado de su vecino por un inmenso territorio.

El emisario de la casa de banca caminaba al trote con direccion á Londres; deteníase en casi todas las tabernas, pero procuraba ocultarse; no hablaba una palabra y escondía el rostro bajo las inmensas álas de su sombrero. Los ojos del pobre hombre se hallaban además en perfecta relacion con aquellas prudentes precauciones: aquellos ojos negros y salientes se aproximaban entre sí, como si temiesen al separarse ser sorprendidos aisladamente en alguna empresa comprometida.

Las miradas que lanzaban bajo las remangadas álas de un sombrero viejo, en forma de escupidera triangular, y por encima del inmenso tapabocas, que bajaba desde los párpados hasta las rodillas, tenían una expresion siniestra. Cuando queria beber, el emisario de Tellson descubria la boca, vertía en ella el licor que tenía en la mano derecha, y levantaba nuevamente el inmenso tapabocas tan pronto como la operacion quedaba terminada.

—Nó, Jerry, nó, decía hablando consigo mismo mien-

tras trotaba por la carretera rumiando la respuesta que tenía que dar á sus amos; nó, Jerry, estos encargos no te convienen de ningun modo. ¡Resucitado! ¡Cuerpo de mi alma, creyendo estoy, así Dios me perdone, que el gentleman estaba borracho!

Aquella respuesta le causaba tales dudas, que varias veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. Exceptuando la parte superior del cráneo, completamente calva, el mensajero de Tellson tenía algunos cabellos negros y tiesos, desigualmente distribuidos, y oscilando en todas direcciones, desde la base del occipucio hasta el nacimiento de su nariz ancha y aplastada. Aquellos erizados cabellos se asemejaban de tal modo á las puntas de hierro que se colocan en la parte superior de algunas tapias, que el más hábil saltador no hubiera aceptado aquel ginete, temiendo las contingencias de aquella amenazadora cabellera.

Al regresar á Londres con la respuesta que debía comunicar al Watchman (1), situado á la puerta de la casa de Tellson, á fin de que éste pudiera á su vez trasmitirla á quien correspondiese, las sombras de la noche formaban á sus ojos extraños contornos suscitados por el mensaje de que era portador, y hasta su pobre cabalgadura participaba, y no poco, de sus temores, á juzgar por los saltos que daba de vez en cuando para alejarse de los fantasmas que sin duda creía ver en la carretera.

A todo esto la silla-correo de Douvres rodaba dificultosamente, rechinaba, crujió, oscilaba, saltaba y traqueteaba á los tres misteriosos personajes que ocupaban su interior. Es muy probable que las sombras de la noche se revelasen á aquellos señores, lo mismo que al emisario

(1) Agente de órden público, que presta su servicio durante la noche.

y á su rocín, bajo la forma que les sugerian sus preocupaciones y sus párpados hinchados por el sueño.

Mr. Lorry, apoyando un brazo en la correa que le impedía desplomarse sobre su vecino á cada terrible salto que daba el carruaje, se inclinaba hácia adelante y balanceaba la cabeza, con los ojos medio cerrados; los faroles, que brillaban confusamente á través de los cristales empañados, y el voluminoso cuerpo del viajero sentado enfrente de él, se trasformaron en casa de banca é hicieron una infinidad de negocios. El retintin de los arreos de los caballos fué el sonsonete de los escudos; y en ménos de cinco minutos quedaron satisfechos una infinidad de pagarés y letras de cambio. Luego los sótanos del Banco, atestados de valores y de importantes secretos, aparecieron ante Mr. Lorry, el cual los recorrió, llevando en una mano una vela de sebo, y en la otra un enorme manojito de llaves, y vió que todo se hallaba en el mismo estado que el día anterior.

Pero, áun cuando creía hallarse siempre en la casa Tellson, sin abandonar por eso el carruaje, cuya presencia sentia vagamente, como quien conserva el recuerdo de una llaga cubierta de ópio, no cesó durante toda la noche de hallarse bajo la impresion de la idea de que iba á París, para desenterrar un muerto, y sacarle de su tumba.

Entre aquella infinidad de rostros lívidos que surgian ante él, ¿cuál era el del aparecido á quien tenia que desenterrar?

Nada se lo indicaba. Todos aquellos rostros eran de hombres de unos cuarenta y cinco años, y sólo diferian entre sí por las pasiones que revelaban y por el aspecto más ó ménos espantoso de sus descarnadas facciones. El orgullo, el desprecio, la cólera, el recelo, la obstinacion, la estupidez, la debilidad y la desesperacion pasaban sucesivamente ante sus ojos, al mismo tiempo que una in-

finidad de pómulos salientes, rasgos cadavéricos, manos huesosas y secos esqueletos. Todos, sin embargo, tenian el mismo rostro y la misma cabeza llena de prematuras canas.

Nuestro viajero dirigió al espectro, por la centésima vez, la siguiente pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que estás enterrado?

—Cerca de diez y ocho años! respondió el espectro tambien por la centésima vez.

—¿No habiais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Sabeis que vais á volver á la vida?

—Me lo han avisado.

—Os alegrais de resucitar?

—No sé.

—¿Tengo yo que traéros-la, ó ireis vos mismo á buscarla?

Las respuestas á esta pregunta eran contradictorias; á veces el espectro murmuraba con doliente voz.

—Es preciso esperar; si la trajérais demasiado pronto, su presencia me mataria.

En otras ocasiones decia amorosamente y derramando copioso llanto:

—Llebadme al lado suyo.

De cuando en cuando, exclamaba fuera de sí:

—¿Qué es lo que me preguntais? yo no conozco á nadie, yo no os comprendo.

Despues de este soñado diálogo, Mr. Lorry, imaginariamente, por supuesto, cavaba y cavaba y cavaba, ya con un azadon, ya con una gran llave ó con sus propias uñas, para salvar al desdichado á quien debia volver á la vida. El espectro acababa por salir de su fosa, con el rostro y los cabellos llenos de tierra funeraria, y caía de nuevo repentinamente, sin dejar más que un poco de ceniza en el sitio que ocupaba.

El gentleman se despertaba sobresaltado y bajaba la vidriera del carruaje, á fin de que la lluvia y la niebla, mojándole la frente y las mejillas, le volviesen nuevamente á la realidad.

Pero Mr. Lorry abría los ojos, miraba el cielo encapotado, la oscilante luz de los faroles y la empalizada situada á lo largo de la carretera, y veía fuera del carruaje las mismas visiones que acababan de trastornar su espíritu. La casa Tollson, los negocios del día anterior, los sótanos del Banco y sus misterios, la escuela que acababa de recibir, la respuesta que había dado á Jerry: todo esto existía entre la niebla; y en medio de estas imágenes, aunque confusas, de una increíble realidad, elevábase un espectro lívido á quien volvía á preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—¡Cerca de diez y ocho años!

—¿Os alegráis de resucitar?

—No sé.

Y cavaba y cavaba y cavaba, hasta que uno de los viajeros, sumamente impaciente, le dijo con extraordinaria sequedad que subiese el cristal de la ventanilla.

Volvía á colocar su brazo en la correa, preguntábase quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y, de conjetura en conjetura, llegaba á imaginarse que aquellos dos pacíficos seres, entregados al sueño, eran la casa de banca y el espectro de ojos hundidos, y volvía á decir:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—Cerca de diez y ocho años.

—¿No habíais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

Aún vibraban claramente en su oído estas últimas palabras, cuando se despertó de repente y vió alejarse las sombras de la noche y aparecer el nuevo día.

Asomó la cabeza por la ventanilla y dirigió sus mira-

das hácia el sol naciente. Un surco, en que el labrador había dejado el arado, se presentó á su vista; á cierta distancia se divisaba un arbolillo, cuyas ramas conservaban aún gran número de hojas encarnadas y amarillas. La tierra estaba húmeda y fría; pero el cielo se hallaba despejado, y el sol llevaba á todas partes su brillante y fecunda luz.

—¡Diez y ocho años! murmuró Mr. Lorry, contemplando el sol. ¡Oh, divino creador del día! ¡Estar enterrado vivo durante diez y ocho años!

CAPITULO IV.

Preliminares.

La silla-correo llegó felizmente al lugar de su destino aquel mismo día por la tarde. Un dependiente de la fonda del Rey Gorge abrió, no sin cierto respeto, la portezuela del carruaje; porque en aquella época, venir de Londres, en invierno y en la silla-correo, pasaba por una acción heroica, y todo el mundo felicitaba al viajero que mostraba suficiente valor para tamaña empresa.

De nuestros tres personajes, sólo quedaba uno á quien cumplimentar por su audacia; los otros dos se habían apeado en el camino para dirigirse á distintos puntos.

El interior del carruaje, con su paja húmeda y cenagosa, su mal olor y su oscuridad, podía pasar por una perrera; y el que la ocupaba, al sacudirse en medio de aquella pocilga, envuelto en una manta peluda, cubierto con un gorro de orejas colgantes y lleno de barro hasta el cogote, ofrecía bastante semejanza con un enorme perro mastín.

—Mozo, preguntó Mr. Lorry, ¿no sale mañana un paquebot para Calais?